

## 4. TENSIONES (mayo a julio de 1940)

### La «no neutralidad» (12 de mayo)

El 8 de abril acabó la *drôle de guerre*. Ese día, en una operación fulminante, los alemanes ocuparon Dinamarca y Noruega; el 10, entraron en Bélgica, que debió capitular, y en Holanda, que apenas pudo resistir pocos días; flanquearon la línea Maginot y penetraron en Francia. Es la *blietzkrieg* («guerra relámpago») que conducen con sus ligeras divisiones de tanques blindados (*panzerdivisionen*) y adiestrados paracaidistas a gran velocidad. El 14 de junio tomaron París, mientras el Ejército inglés era rodeado en Dunkerque, que consiguió evacuar contra todas las suposiciones. Francia se rindió e Inglaterra quedó vulnerable a los bombardeos de la aviación alemana desde la costa francesa.

La ocupación de países neutrales dio oportunidad al canciller Cantilo para un cuarto de espadas en defensa de la democracia. Posiblemente creyó que la «defensa de las democracias» era el objetivo de la unidad del hemisferio y quiso adelantarse a tomar la iniciativa. El 12 de mayo sugirió a los países americanos que abandonasen la *neutralidad*, concepto que «no merecía el respeto de los beligerantes ni protegía la soberanía de las naciones...

«En la situación de hoy, ni los Estados beligerantes respetan la voluntad de los neutrales ni éstos pueden hacer respetar su neutralidad como forma jurídica de aislamiento (...). Es una ficción, un concepto muerto, que debe ser reemplazado dentro de la realidad del momento en que vivimos»<sup>1</sup>.

En vez de la neutralidad los países americanos deberían adoptar una «política circunstancial y coordinada de vigilancia»<sup>2</sup>. La *declaración Cantilo* fue mandada por circular a las embajadas y legaciones y dada a la prensa, que la publicó el 13.

Hubo consternación. «Provocó la réplica de poderosas figuras militares y civiles —dice Potash—. Mientras, los principales círculos económicos la criticaron», aunque, agrega, «por considerarla prematura»<sup>3</sup>. Dejar la neutralidad, cualesquiera que fueran las palabras que lo explicaran, era entrar en el belicismo, y Ortiz trató de explicar la *declaración Cantilo* en su mensaje de apertura al Congreso del catorce. «Somos neutrales», dijo, recalando la palabra, «pero la neutralidad argentina no es ni puede significar una actitud de absoluta indiferencia e insensibilidad.

La posición ideológica de Cantilo no era la de Estados Unidos. Aquél creía en las «democracias»; éstos la tomaban como pretexto para unificar el hemisferio. Europa les tenía sin cuidado. Conil Paz y Ferrari dicen que Cantilo mantuvo «conversaciones con el embajador norteamericano, Armour, encaminadas a revisar el tradicional concepto de neutralidad y reemplazarlo por una noción más realista», de las cuales habría surgido la *declaración*<sup>4</sup>. Si fue así, el embajador norteamericano obró sin

instrucciones, porque al comunicarle la *declaración* a Sumner Welles, el embajador argentino en Washington —Espil— recibió un rechazo de plano «por los peligros que entrañaría para su Gobierno una declaración tan trascendental»<sup>5</sup>.

No aceptada por los Estados Unidos, «este lúcido intento de nuestra cancillería» (apreciación de Conil Paz y Ferrari) sólo tuvo efectos internos. El ambiente militar se encrespó; Von Thermann, el embajador alemán en Buenos Aires, informa que tanto el ministro de Marina, Scasso, como el de Guerra, Márquez, la condenaron<sup>6</sup>; la comisión de relaciones exteriores del Senado llamó a Cantilo a explicarla.

No hubo necesidad. Ortiz, debido conjeturalmente al mal efecto que había producido a los militares, la borró el 18 con una declaración terminante de que «el Gobierno mantiene la más estricta equidistancia entre los beligerantes»<sup>7</sup>.

«Este episodio —dice Schillizzi Moreno, informado por un «sobreviviente de la época»— es el que marca el índice de relaciones más bajas entre el presidente y el Ejército, deterioro antes no producido jamás, por cuanto el doctor Ortiz se ha guardado bien de producir cualquier tipo de desinteligencias. Esta vez la presión es tremenda, y por consejo del general Márquez, que se limitaba a transmitir la opinión prevaleciente del arma, el doctor Ortiz se ve forzado a retroceder en la senda proaliada iniciada»<sup>8</sup>.

La verdad es que la *declaración Cantilo* enfrentaba la política de los Estados Unidos de mantenerse neutrales en la guerra europea, pero sirviéndose de los temores que despertaba para consolidar su dominio en «las Américas». No le interesaba, al contrario, salvar en esos momentos a Inglaterra. Lo haría cuando la situación del Reino Unido no le dejase rivalizar en el hemisferio. En ese concepto había sancionado, en noviembre de 1939, la «Ley de Neutralidad» declarando su prescindencia en el conflicto. Por ahora.

Conil Paz y Ferrari suponen «paradójica» la actitud de los Estados Unidos ante «esta notable iniciativa argentina (...), pero los acontecimientos posteriores se encargaron de atestiguar su oportunidad profética. Por desgracia, los próximos cambios en los equipos gobernantes argentinos no sólo impedirían que esta línea fuera mantenida, sino que estancarían al país en un neutralismo cada vez más comprometido y anacrónico». Va por cuenta de ellos.

<sup>1</sup> A. Conil Paz y G. Ferrari, *Política exterior...*, p. 69.

<sup>2</sup> R. A. Potash, *El Ejército y la política...*, p. 176.

<sup>3</sup> *Ibídem*, p. 172.

<sup>4</sup> Conil Paz y Ferrari, *Política exterior...*, p. 69.

<sup>5</sup> *Ibídem*, p. 70.

<sup>6</sup> Potash, *El Ejército y la política...*, p. 177.

<sup>7</sup> *Ibídem*.

<sup>8</sup> H. A. Schillizzi Moreno, *Argentina contemporánea...* (Buenos Aires, ed. Plus Ultra, 1973), t. II, p. 268.

## ¿Conspiración nazi? (mayo)

Supone Potash que «acicateados por este signo de vacilación» (marcha atrás de Ortiz en la no-neutralidad de Cantilo) «y por los éxitos militares alemanes, los elementos nacionalistas continuaron haciendo presión sobre el Gobierno. En una serie de actividades que retrospectivamente parecen haber sido la preparación para un golpe que nunca se materializó, trataron de acentuar la disensión en el cuerpo de oficiales, crear un estado de confusión general y socavar la confianza en el liderazgo del Gobierno. El ministro de Guerra, Márquez, fue el blanco particular de los ataques...»<sup>9</sup>. Agrega que «los informes contemporáneos que algunas fuentes aliadas enviaron a Washington afirman que cuatro generales bien conocidos por sus actividades proalemanas estaban complotando con la Embajada de Alemania para reemplazar a Ortiz por un régimen nazi» apoyándose en un telegrama de la Embajada (norteamericana) en

París del 24 de mayo <sup>10</sup>. No menciona quiénes son estos cuatro generales, y aclara que «los informes de la embajada alemana (en Buenos Aires) a Berlín que hemos podido examinar en microfilm no arrojan luz sobre este punto» <sup>11</sup>. Por «otros informes» (de la Embajada norteamericana mencionando un telegrama fechado el 28 de mayo), «el general Molina había planeado, primero, un golpe, y luego, una manifestación para el día 24, pero, en definitiva, nada de eso ocurrió» <sup>12</sup>. Considera (con un dubitativo «según parece») que la tensión provocada por las actividades nacionalistas debía alcanzar su clímax el 24 de mayo, fecha fijada para el golpe», pero «como suele ocurrir en relación a este tipo de episodios, la información disponible es imprecisa y contradictoria» <sup>13</sup>.

¿Hubo una conspiración nacionalista, dirigida desde la Embajada alemana, para implantar el régimen nazi, que preparó, pero no pudo realizar, un golpe revolucionario el 24 de mayo?

Que el anuncio de la no neutralidad había caído mal a la gran masa de la población (y no solamente a los nacionalistas) y a la mayoría de las Fuerzas Armadas, inclusive al ministro de Guerra, es indudable. Hubo tensión en los cuarteles, y en la calle corrió el rumor de que iba a decretarse la movilización de las reservas (que obligó a un desmentido oficial). Que el general Molina —eterno conspirador desde 1933 y que seguiría conspirando hasta 1941 por lo menos— habrá querido aprovechado para su siempre diferido golpe, puede ser cierto. Que habrá pensado valerse del encono contra el presidente y el ministro de Guerra por los movimientos y traslados partidistas de jefes y oficiales, entra dentro de lo posible. Pero ni el ambiente se debía exclusivamente a «actividades nacionalistas», ni puede imputarse seriamente a la Embajada alemana la coordinación de un plan cívico-militar para derrocar al presidente Ortiz y establecer en su reemplazo un régimen nazi.

Que en la oficialidad media e inferior del Ejército predominaba, en 1940, un «sentimiento progermánico», como infiere Potash, debe aceptarse. Pero no por influencia de la misión alemana del general Günther Niedenführ, que desde 1935 dictaba cursos en la Escuela Superior de Guerra, como supone Potash, sino (en parte) por la admiración profesional del soldado al Ejército alemán, acrecida por sus triunfos recientes, y en parte —y mucha parte— por el «despertar del patriotismo» a que antes me he referido, que llegó a los cuarteles, especialmente a los jóvenes oficiales, como llegaba a los ámbitos más diversos del país. Era un hecho tan natural, como germinar en terreno apropiado, y no debe atribuirse exclusivamente «al impulso cada vez más acelerado de la propaganda nacionalista», financiada por la Embajada alemana. En la clasificación mental de Armour sólo había *pronazis* y *antinazis*.

Potash acepta, corrigiendo las apreciaciones del embajador, que «la conclusión de que un elevado porcentaje de oficiales argentinos era proalemán no impone el corolario de que estaban ansiosos de fundar un Estado totalitario o de ver a su país sometido al dominio alemán» <sup>14</sup>. Acepta que sólo «los extremistas como el general Molina querían reorganizar el país de acuerdo a los principios nazis», lo que es una afirmación gratuita, porque las proclamas de las conspiraciones de Molina no lo demuestran. Puede ser que el escritor norteamericano emplee con altitud el término *nazi*. «La gran masa de oficiales no estaba formada por militantes políticos, ni deseaba que los militares gobernasen el país —concluye Potash—. Hacia 1940, la posición de este sector era una confusa amalgama en la cual se combinaban la admiración profesional por las hazañas militares alemanas, la idea de que la humillación de Gran Bretaña redundaría en beneficio económico de la Argentina y la decisión de preservar a toda costa la neutralidad del país» (va por cuenta de la incompreensión yanqui la peyorativa expresión *confusa amalgama*) <sup>15</sup>.

<sup>9</sup> Potash, *El Ejército y la política...*, pp. 177-178.

<sup>10</sup> *Ibidem*, pp. 178-179 (nota 50).

<sup>11</sup> *Ibidem*.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 179 (nota 50).

<sup>13</sup> *Ibidem*.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

<sup>15</sup> *Ibidem*.

## Temores ante el avance alemán

La prensa aliadófila, especialmente el vespertino sensacionalista *Crítica*, anuncia la inminente ocupación que haría Hitler de la América Latina. «Con una frontera atlántica que podía ser franqueada» se hacen eco veintisiete años después Conil Paz y Ferrari, sin aclarar los medios de que se valdrían los alemanes, que no habían podido cruzar el canal de la Mancha para franquear el Atlántico <sup>16</sup>. Potash también es un convencido de que la *blietzkrieg* alemana pone a «América en posición vulnerable» <sup>17</sup>.

Por esta psicosis *antinazi*, el presidente uruguayo, Baldomir, acuartela a los soldados contratados de esa República (este hecho contribuyó al rumor de que se movilizarían las reservas de conscriptos argentinos), y empieza negociaciones con los Estados Unidos para construir en Punta del Este una base aeronaval «que defendiera el Río de la Plata»; Washington despacha los cruceros *Quincy* y *Wichita* a vigilar el Atlántico Sur; el capitán de navío norteamericano William O. Spears llega a fines de mayo a Buenos Aires para conversar con los marinos argentinos «la parte que podían desempeñar... en caso de verse obligada (la Argentina) a resistir la agresión contra la paz del Nuevo Mundo» <sup>17</sup>. En otro lugar veremos el papel deslucido que le tocó cumplir a Spears en mayo y junio de 1940, y más adelante —en septiembre y octubre— el fracaso del teniente coronel R. L. Christian y capitán de navío Brereton en idéntica misión.

Estas misiones militares, ¿respondían a una psicosis de guerra o tenían el propósito de crearla? *Crítica* y los diarios sensacionalistas de América Latina —no así en América del Norte— difundían los más descabellados rumores. En la Argentina, Brasil y Uruguay decían —como en 1917— que los colonos descendientes de alemanes de Santa Catalina no eran pacíficos agricultores, sino una «quinta columna» de guerreros entrenados para apoderarse de San Pablo y Río de Janeiro, que, junto a otros *nazis* militarizados que había en Misiones, ayudarían a las *panzer divisionen* cuando desembarcasen en el litoral atlántico. Pedían la ayuda de los Estados Unidos para que nos salvase del peligro.

No todos los diarios aliadófilos pedían la ayuda norteamericana. La zozobra por la inesperada caída de Francia y agonía de Inglaterra invitaba a otros a actitudes precavidas. *La Nación*, entre ellos. «Buena rumbera y de fino olfato —le dice en su número de julio de 1940 el órgano nacionalista *Nueva Política*—, *La Nación* ha pasado últimamente de la aliadofilia a la ecuanimidad. A medida que las tropas aliadas iban retrocediendo ante el empuje alemán, la beligerancia de *La Nación* iba amainando. Ahora es un diario que simpatiza con los aliados, pero desinteresadamente y por pura simpatía, hasta el punto que permite a sus corresponsales y a su enviado especial en Estados Unidos, Alberto Caprile, la redacción de pronósticos y noticias muy negras para los intereses aliados. Si sigue el gran diario en esa línea de ecuanimidad y discreción no acabará de ser liquidada Inglaterra cuando ya lo tendremos al lado de Italia y Alemania».

El 5 de junio, un grupo de caballeros de distintos matices políticos fundó *Acción Argentina*. Marcelo Alvear, Nicolás Repetto, Héctor González Iramain, Federico Pinedo (secretario de finanzas de la institución), Julio Noble, Antonio Santamarina y Eduardo Laurencena quieren asegurar contra la prepotencia alemana «la integridad del territorio argentino, su soberanía política y su independencia económica» —dice el manifiesto inicial— «e instar (al Gobierno) a poner en juego todas sus facultades legales para impedir que se asienten y trabajen impunemente en nuestro país, tendencias que conspiran contra la esencia de nuestra organización constitucional, a cuyo efecto tendrá que adoptar precauciones de orden interno y externo coincidentes con las que proyectan los demás Gobiernos de América» <sup>18</sup>.

El 27 de mayo, el mercante argentino *Uruguay* fue hundido en el Atlántico presumiblemente por submarinos alemanes. Cantilo mandó una fuerte nota de protesta a Von Thermann, consultada previamente con Norman Armour (como se supo al publicarse los cables de éste). Von Thermann respondió desdeñosamente que no tenía informaciones del hecho, pero si el *Uruguay* atravesaba la zona de bloqueo, advertida a los Estados neutrales que intentaban comerciar con Inglaterra, Alemania habría actuado en su perfecto derecho al echarlo a pique, como lo hacían los enemigos de Alemania con los buques neutrales que intentaban comerciar con Alemania. Retrucaba a Cantilo con los agravios que la prensa argentina hacía a Alemania, la internación de los marinos del *Graf Spee* a pedido de las Embajadas aliadas, y ridiculizaba los informes de una «quinta columna» alemana en Misiones <sup>19</sup>.

Cantilo mostró la nota a Armour, tal vez para que le sugiriera la respuesta. El embajador la calificó «de intento chapucero de encubrir la intriga y el espionaje alemanes, que tomaban la ofensiva echándole la culpa a la Argentina»<sup>20</sup>. Pero el canciller prefirió no continuar la reclamación.

<sup>16</sup> *Política exterior...*, p. 71.

<sup>17</sup> *Ibídem*, p. 92.

<sup>18</sup> R. A. Fitte y E. F. Sánchez Zinny, *Génesis de un sentimiento democrático* (Buenos Aires, 1944), p. 224.

<sup>19</sup> H. F. Peterson, *La Argentina y...*, p. 457.

<sup>20</sup> *Ibídem*.

EL BIBLIOTE.COM

## 5. EL ESCÁNDALO DE EL PALOMAR (Julio a septiembre de 1940)

### **Enfermedad de Ortiz. Delegación del mando (3 de julio)**

La salud del presidente, que nunca fue buena —padecía una avanzada diabetes con complicaciones renales y era propenso a desvanecimientos—, estaba resentida en el frío invierno de 1940. Faltaba muchas veces al despacho por consejo de sus médicos pero se obstinaba en asistir a las ceremonias oficiales, especialmente las militares.

El 14 de junio no concurrió a la presidencia; tampoco el 18; el 22 debía celebrarse el Día de la Bandera con una ceremonia en la plaza de Mayo (postergada dos días por una intensa lluvia) y el presidente se empeñó en concurrir. El acto fue largo y se sintió desvanecer. Pasó diez días sin salir de la residencia, que no extrañó por sus continuas ausencias. El 3 de julio se anunció que delegará el mando «para superar los efectos de una congestión renal agravada por un resfrío». Al día siguiente, 4, el vicepresidente, doctor Castillo, asumió sin ninguna clase de ceremonia.

Los diarios quitaron importancia a la dejación provisoria del mando (que nunca volverá a reasumir), atribuyendo el malestar a la depresión producida por el fallecimiento de su esposa, ocurrida tres meses atrás.

En realidad, el estado de Ortiz era grave. Tenía la visión muy disminuida y fueron consultados oftalmólogos, que diagnosticaron un desprendimiento parcial de retina que exigía completo reposo, un tratamiento local activo y conservar los ojos vendados. No se informó al público: sólo el 23, un boletín médico, entre promesas optimistas de recuperación, menciona el deterioro de la vista.

No obstante, ha trascendido que el presidente se halla total o parcialmente ciego y difícilmente se recuperará para volver al Gobierno.

### **Tentativa de golpe militar (primeros días de julio)**

La delegación del mando, con la seguridad de que, en el mejor de los casos, sería larga y la posibilidad de que fuese definitiva, cayó como un balde de agua fría a los radicales, a *Acción Argentina* y al ministro de Guerra, Márquez. El vicepresidente Castillo era conservador y no se empeñaría en reprimir el fraude; no podía decirse concretamente que fuera germanófilo, pero no parecía preocuparse por los nazis (lo que bastaba a muchos para definirlo, y el optimista embajador alemán lo tuviera por simpatizante), y en cuanto al general Márquez (comprometido en un grave asunto, que en esos momentos investigaba el Senado) vería desmoronarse la maquinaria militar cuidadosamente montada.

«Comprendiendo que la presidencia de Castillo constituiría un golpe catastrófico para sus esperanzas políticas, estos líderes (los radicales) iniciaron negociaciones inmediatamente con el ministro de Guerra con el fin de apoyarlo en un golpe de Estado destinado a impedir que Castillo fuese presidente y a organizar elecciones (generales) en un mes o dos», dice Potash<sup>1</sup>. La afirmación del investigador norteamericano se basa en informes de la Embajada de Estados Unidos. Antes del 8 de julio (fecha en que el embajador informó a Cordell Hull), el diputado Damonte Taborda fue a quejarse a Norman Armour que «si Castillo ascendía a la presidencia probablemente reorganizaría el Gabinete con hombres como Sánchez Sorondo y el general Molina y adoptaría una política de amistad hacia el Eje. Señaló que por esa razón el general Márquez estaba considerando seriamente la posibilidad de un golpe que eliminase a Castillo», para lo cual pedía al embajador que fuese a hacerle una visita «para expresar su confianza en la lealtad (de Márquez) a la democracia y a las instituciones democráticas»<sup>2</sup>.

El embajador no lo hizo tal vez porque no quiso, sin instrucciones, prestigiar una revolución.

<sup>1</sup> *El Ejército y la política...*, p. 186.

<sup>2</sup> *Ibídem.*

## Equilibrio de Castillo

Al vicepresidente no le era posible una política personal.

La gravedad de Ortiz no pasaba de un rumor, que podía ser verdad o no. Simplemente había delegado el mando, y Castillo debía manejarse con su Gabinete: reducirse a los asuntos de trámite imprescindible hasta que volviese el presidente; o saber que no volvería más.

Personalmente desinteresado, sin vinculaciones profesionales con el capitalismo de turno, en el medio corrompido y de moralidad alienada de la década infame, salvaba a Castillo «la hermosa condición de la austeridad», dice José Luis Torres, el claro patriotismo de los viejos argentinos (que recuerda el de Yrigoyen, de signo tan opuesto al suyo), una orgullosa conciencia de sus deberes<sup>3</sup> y una firme voluntad que velaba con cortesía y amables palabras. Este antiguo juez y profesor de menuda apariencia, ademanes pausados y voz poco audible no se dejaba imponer fácilmente<sup>4</sup>, y atinó a manejar con gallardía uno de los períodos más difíciles de la vida internacional argentina.

El 5 de julio, la siguiente noche de ocupar el cargo, debió presidir la cena de camaradería de las Fuerzas Armadas. Se estaba bajo la doble impresión de la injerencia norteamericana en la custodia del hemisferio y los espectaculares triunfos alemanes en el frente occidental.

Castillo supo expresar el pensamiento neutralista de la mayoría de los oficiales: »En nada hemos influido sobre los motivos determinantes de la guerra, y, por lo tanto, nuestra neutralidad, proclamada oportunamente, debe ser sostenida con toda decisión.» Fue largamente aplaudido.

<sup>3</sup> Marcelino Ugarte había designado juez del crimen de San Nicolás al joven y estudioso Ramón Castillo. Le escribió interesándose por un correligionario sometido a proceso. Castillo lo condenó y le mandó copia de la sentencia junto con su renuncia al poderoso gobernador. Ugarte se la devolvió. «Cada uno a su oficio, doctor Castillo: yo soy político y usted es juez. «

<sup>4</sup> «Castillo es de Ancasti —solía decir Ortiz— y no hay mulas más obstinadas que las de Ancasti.»

## La Conferencia de La Habana (21 a 30 de julio)

Desechada por los Estados Unidos la *no neutralidad* de Cantilo como tema para una nueva reunión de cancilleres obligada por el giro que había tomado la guerra europea, Cordell Hull la había citado para La Habana el 21 de julio. Su tema principal sería la suerte de las colonias americanas que poseían Francia, Holanda y Dinamarca ocupadas por Alemania.

Tampoco Cantilo había querido afrontarla, tal vez para no responsabilizarse ante los militares, que cada vez se mostraban más opuestos a los Estados Unidos, o para no toparse con

Hull, que presidiría esta vez la delegación norteamericana. Ortiz, que aún no había delegado el mando, designó nuevamente a Melo como representante argentino.

Antes de que el buque de Melo llegase a Cuba, Castillo había quedado a cargo del Gobierno. Si bien Cantilo mantenía por el momento la cartera de Relaciones Exteriores, la anómala situación trababa sus movimientos.

Los norteamericanos encontraron —dice Petersen— que «el cooperativo doctor Melo de Panamá pasó a ser en La Habana el portavoz de la oposición argentina tradicional»<sup>5</sup>. La explicación debe encontrarse en que Melo contendió en Panamá con Sumner Welles y en La Habana con Hull.

En realidad, «la oposición argentina tradicional» no pasó de ser verbal, pero bastó para causar el enojo del irascible secretario de Estado. Hull temía que Alemania ofreciera las colonias francesas, holandesas o dinamarquesas «a uno o más países de América Latina a cambio de un vasallaje político y económico y así rompiera la solidaridad panamericana», que mañana, aunque no lo dijo, podría extender a las colonias inglesas si el Reino Unido caía en poder de Hitler y la Argentina se convertía al nazismo agradecida por la devolución de las Malvinas. Melo le replicaba que toda transferencia de colonias «era hipotética, porque la flota británica mantenía alejados a los alemanes del hemisferio»<sup>6</sup>, que disgustaba a Hull, cuyo caballito de batalla era el inminente peligro nazi en el hemisferio. Hull proponía un *fideicomiso* «en común» de las posesiones americanas de países ocupados (que en la práctica era entregarlas a Estados Unidos), y Melo argumentaba que «una asunción de soberanía de territorios de potencias extranjeras era un acto de guerra, y en el caso de la Argentina la guerra no podía ser declarada sino por el Congreso».

El New York Times llegó a decir que «las negociaciones sobre el problema del fideicomiso entre el secretario Hull y el señor Melo eran importantes y tan extensas, que los demás delegados se quejaban de que la Conferencia fuera en el fondo una reunión argentino-norteamericana, y dudaban ya del sentido de su propia presencia»<sup>7</sup>.

Convencido de que la Argentina era intratable, Hull introdujo una variante fundamental en el panamericanismo. En la *Declaración de Asistencia Recíproca* (la famosa Declaración XV, que consideraba agresión a América entera la que se hiciera contra un Estado de América), Estados Unidos se reserva el derecho de firmar acuerdos bilaterales con los países de América Latina «de cooperación defensiva y asistencia». «Opina Spykman que por la gran desigualdad entre los contratantes, el carácter bilateral de dichos convenios no llegaba a disfrazar su evidente unilateralidad»<sup>8</sup>.

Como Melo remoloneaba a enganchar a la Argentina a la suerte de los Estados Unidos fundándose en sus «instrucciones», Hull recurrió al procedimiento que tan buen resultado le había dado en Lima. Pidió una conferencia telefónica con la residencia de Ortiz (nominalmente presidente de la República) para que diera —por intermedio de Cantilo— orden a Melo de que la delegación argentina no se opusiese.

No obstante, Melo pudo cambiar algunas palabras: en vez de *fideicomiso* sería una «administración provisoria» de las colonias europeas. Nada pudo modificar a los *acuerdos bilaterales*: habría hijos y entenados en el continente en nombre de la «solidaridad hemisférica». Ni menos de la Declaración XV.

<sup>5</sup> H. F. Peterson, *La Argentina y los Estados Unidos...*, p. 459.

<sup>6</sup> A. Conil Paz y G. Ferrari, *Política exterior...*, p. 72.

<sup>7</sup> *Ibíd.*

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 75.

## Gobierno acéfalo (julio-agosto de 1940)

Castillo debía limitarse a discursos oficiales y actos de presencia en las ceremonias, dejando la realidad de la Administración a los ministros de Ortiz. ¿Hasta cuándo? Las palabras del ministro Márquez en Tucumán, en una cena de camaradas del Ejército al día siguiente de celebrarse el día de la Independencia, debieron preocuparle: entre protestas de que «el éxito de nuestra carrera no está fuera, sino dentro de nuestra vocación», y que «los militares deben vivir en su propia vida sin más preocupaciones que las que impone la seguridad de la patria», anunció la posibilidad de un Gobierno militar: «las formas democráticas no son excluyentes, y por eso hemos visto escalar las altas jerarquías del Poder a militares ilustres que dejaron en el país hondas huellas de su espíritu disciplinado y progresista»<sup>9</sup>. Si la enfermedad de Ortiz, que obligaría a su renuncia, le hacía imposible que llegase a la presidencia como candidato radical, ¿no podría conseguirlo valiéndose del aparato militar que tenía montado? Los radicales lo apoyarían porque eran más radicales que democráticos.

¿Quién ganaría esta carrera?

Los diplomáticos extranjeros pronosticaban influidos por los intereses que representaban.

El 20 de julio, el embajador alemán, Von Thermann, informó a su Gobierno: «Abundan los rumores de un golpe. Es evidente que el vicepresidente Castillo (...) no piensa limitarse al desempeño rutinario del cargo y, por el contrario, se propone intervenir activamente en el Gobierno del país. De acuerdo con los informes, la primera medida será la designación de nuevos titulares en las carteras más importantes. Están destinados a desaparecer los ministros de Hacienda y de Guerra, comprometidos en un negocio de tierras; con el segundo nosotros sólo hemos tenido experiencias negativas»<sup>10</sup>. Asimismo, el ministro del Interior, que está bajo la influencia inglesa, y los ministros de Educación y Obras Públicas, y quizá también el ministro de Relaciones Exteriores, Cantilo, que ha sido muy criticado últimamente. Se mencionan como sucesores nuestro gran amigo el general Juan Bautista Molina para el Ministerio de Guerra; nuestro amigo de confianza, el senador Sánchez Sorondo, para la cartera del Interior y quizá más tarde para la de Relaciones Exteriores; en relación con este último Ministerio también se menciona al embajador Melo, actual jefe de la delegación en La Habana.

«Como en todos los países de América del Sur, la actitud del Ejército es decisiva en las crisis nacionales. En el momento actual la mayoría del Ejército argentino continúa respaldando a nuestros amigos Castillo y Molina. Pueden surgir dificultades porque quizá el actual ministro de Guerra, Márquez, no acepte retirarse y, por el contrario, busque el apoyo del Ejército, en la medida en que éste acate sus órdenes, de la Marina y de la oposición radical. Sin embargo, podemos suponer que, en concordancia con su actitud tradicional, la Marina trataría de mantenerse al margen de los conflictos internos»<sup>11</sup>.

No parece mejor informada la Embajada norteamericana. El 12 de julio, Armour telegrafía a Washington que el vicepresidente «formaba parte de un grupo conservador que incluía al senador Patrón Costas, al senador Sánchez Sorondo y los generales Juan Bautista Molina y Basilio Pertiné»<sup>12</sup>.

No pasaban de cavilaciones diplomáticas u opiniones exageradas de informantes. Nada permite afirmar que en el mes de julio el prudente catamarqueño se arriesgase a un paso en falso. Había «desensillado hasta que aclarase». Lo mismo Márquez.

<sup>9</sup> Potash (*El Ejército y...*, p. 187) entiende que, «en realidad, el general Márquez no estaba dispuesto a actuar inmediatamente (...). Sin el respaldo de la autoridad y prestigio del presidente, Márquez no podía contar con el apoyo de la mayoría de los oficiales. De modo que resolvió esperar, sin esforzarse por asumir personalmente el Poder.»

<sup>10</sup> Había en Buenos Aires, desde 1935, una misión alemana de tres oficiales que dictaba cursos en la Escuela Superior de Guerra. Los aliadófilos, radicales y conservadores de la Cámara de Diputados pidieron su retiro en junio de 1940, sin duda impresionados por el avance alemán en Europa y la psicosis *nazi* despertada en América Latina. El ministro de Guerra no se opuso, y el inspector general —como informó Von Thermann el 17 de junio (Potash, p. 183)—, «dejó traslucir que el Gobierno deseaba la aprobación del proyecto». Para evitarlo, el general Günther Nidenführ, teniente coronel Wolf y mayor Kriesche, que formaban la misión por consejo de Von Thermann, presentaron sus renuncias.

<sup>11</sup> Potash, ob. ch., p. 189. Como es sabido, los documentos oficiales alemanes fueron microfilmados después de la guerra y los *rollos* se encuentran en el archivo de la Secretaría de Estado en Washington. Allí los estudió Potash.

El general Molina, muy vinculado a Von Thermann desde que viajaron juntos de Alemania en 1933, parece haber sido el principal informante de la Embajada alemana.

<sup>12</sup> Potash, ob. cit., p. 188. Esta curiosa simbiosis del conservador aliadófilo Patrón Costas con el independiente Sánchez Sorondo, el «nacionalista» Molina y el discreto ex ministro de Justo Pertiné atribuyéndoles simpatías germanófilas sólo podía venir del diputado Damonte Taborda, yerno de Crítica y asiduo concurrente a la Embajada.

## El escándalo de El Palomar (20 de agosto)

En agosto explotó el «negociado de tierras» mencionado por Von Thermann en su cable de julio, que salpicaría a diputados conservadores y radicales, hundió al ministro Márquez, provocaría la renuncia —no aceptada— de Ortiz y permitirá a Castillo formar con precauciones, un Gabinete.

El senador Benjamín Villafañe, de un nacionalismo personal y combativo, denunció el 16 de mayo (estando Ortiz en la presidencia) una irregular compra de tierras del Ministerio de Guerra para ampliar el Colegio Militar de El Palomar. Lo llamó «algo que no se puede menos que calificar de horroroso» y pidió una comisión investigadora <sup>13</sup>. Esta quedó presidida por el socialista Alfredo Palacios —lo que le daba autoridad moral e independencia política— e integrada por el conservador de Mendoza Gilberto Suárez Lago y el ex socialista independiente Héctor González Iramain, ahora senador conservador por La Rioja <sup>14</sup>.

El 8 de agosto, la comisión publicó sus conclusiones. Gravísimas <sup>15</sup>. Acusaba al ministro de Guerra por mal desempeño de sus funciones, pidiendo que la Cámara de Diputados le iniciase la acusación constitucional de juicio político (Palacios había incluido en el juicio político al presidente de la República, copartícipe con el ministro del delito, pero los otros miembros de la comisión lo disuadieron «por la necesidad de preservar la investidura presidencial») <sup>16</sup>; acusaba también por mal desempeño al presidente de la Contaduría General de la nación, y concretamente por concusionarios al ex presidente conservador de la Cámara de Diputados, al ex presidente conservador de su comisión de presupuesto, al actual presidente radical de ella y a los otros diputados radicales que la integraban.

El asunto de El Palomar, que ensuciaba a todo el régimen, gobernantes y opositores, demostraba, entre otras muchas cosas, que los concusionarios de la *década infame* creían obrar con total impunidad y no tomaban las precauciones elementales para disimular un negociado.

La denuncia de un ex gobernador despechado y la diligencia y habilidad de un senador mendocino (Suárez Lago) abrió la tapa de la podredumbre en El Palomar. Como veremos «no se quiso profundizar la investigación» por razones, evidentemente, de equilibrio político.

¿Cuántos otros habrán quedado ocultos?

El 19 y 20, el Senado debatió el informe de la comisión investigadora con la comprensible expectativa. Para los nacionalistas mostraba las lacras del sistema, sus periódicos llamaban *Palomárquez* al ministro de Guerra y exigían que se investigase a fondo. Para los conservadores sólo mostraba las lacras inherentes a todo Gobierno y no debería extremarse la publicidad. Los incorruptibles socialistas exigían una campaña de saneamiento contra los malos funcionarios. Para los radicales —lo dijo Carlos Noel a un funcionario de la Embajada norteamericana— era obligación defender a Márquez «no sólo porque las irregularidades cometidas en El Palomar no eran más importantes que muchos otros escándalos políticos», sino «porque un grupo de hambrientos de poder estaban subrayando todo lo posible la importancia del problema para descolocar al ministro de Guerra, cuyo control sobre el Ejército representaba un obstáculo a las ambiciones de ese sector» <sup>17</sup>.

Interpreta Potash: «De acuerdo a la opinión de Noel, si ese grupo adquiría fuerza suficiente ni Ortiz ni Castillo continuarían en la Casa Rosada (...); por su propio interés y por la preservación del régimen constitucional los radicales tenían que defender al ministro de Guerra» <sup>18</sup>.

Márquez se defendió débilmente en el debate. No había sido durante su Ministerio, sino en tiempo de su predecesor, Pertiné, que no fue aceptada la primera oferta de las propietarias de los terrenos; como él los consideraba indispensables para ampliar el Colegio Militar debió forzar la operación antes de vencer la autorización de la ley de presupuesto; nada tuvo que ver con el precio fijado por ésta (aunque en realidad la ley no había fijado un precio, sino un máximo), y si se hubiesen expropiado seguramente se habría pagado un precio mayor<sup>19</sup>.

La defensa era débil y los cargos graves. Los senadores radicales defendieron a Márquez con juegos de retórica, ya que no les era posible de mejor manera.

Tamborini, radical por la capital, dijo que «los resultados de esta investigación; malamente interpretados, se aprovecharon para encumbrar a unos y roer el prestigio de otros»; Cantoni (que detestaba la banca de San Juan desde sus tiempos de antiyrigoyenista), que «la opinión pública llegará al convencimiento de que el señor ministro tiene toda la autoridad que necesita para continuar desempeñando con acierto y capacidad la cartera de Guerra».

Por 21 votos contra cinco fue aprobado el informe, que pasó a la Cámara de Diputados para que acusase a Márquez en juicio político y excluyese a los diputados concusionarios. Los demás comprometidos fueron enviados, con copia del informe, a la justicia ordinaria (20 de agosto).

Los comités radicales invitan a «defender a Ortiz, a Márquez y a la democracia» con manifestaciones hasta la residencia presidencial de la calle Suipacha y Santa Fe, y el Ministerio de Guerra de Callao y Viamonte: la encabezan los concejales radicales que acaban de prorrogar la concesión de la CADE. Deben custodiarse por la policía debido a las constantes provocaciones de nacionalistas y forjistas. A su vez, la *Alianza de la Juventud Nacionalista* —avatares de la política— invita a saludar a Palacios en su casa de la calle Charcas, que el escuadrón de seguridad disuelve ante la consternación del viejo líder socialista: «¡Mis muchachos!»

Durante los días 20 al 24 las calles de Buenos Aires son el escenario de tumultos y grescas entre *fascistas y democráticos* (como los llama *Crítica*; ¡nacionalistas y cipayos!, según *El Pampero*) que la policía se ve en dificultades para reprimir.

<sup>13</sup> Quien destapó el escándalo fue el ex gobernador Fresco, que lo puso en conocimiento del periodista José Luis Torres, antiguo ministro de Nogués en Tucumán. Torres hizo la denuncia en el semanario *Ahora* y entregó los antecedentes al senador Villafañe.

<sup>14</sup> Originalmente, el senador entrerriano Eduardo Laurencena. Pero cuando la investigación reveló la culpa del diputado entrerriano Aguirrezabela, correligionario de Laurencena, éste se excusaría sustituyéndolo González Iramain.

<sup>15</sup> El *affaire* fue un negociado con poco disimulo como si los autores descartasen su impunidad. Tiene su origen en hechos anteriores a la presidencia de Ortiz y Ministerio de Márquez. Las propietarias de un terreno de 222 hectáreas en El Palomar lo ofrecieron al Ministerio de Guerra a \$ 1 el metro cuadrado, pero la Dirección General de Ingenieros lo tasó en \$ 0,19. No hubo, por tanto, operación. Un intermediario se ofreció a las propietarias a vender las tierras al Ministerio entregándoles \$ 0,65 a ellas y quedándose con el sobreprecio. Aceptada la oferta, firmaron con el intermediario una «opción» por ese precio. Al poco tiempo, la comisión de presupuesto de la Cámara de Diputados incluyó en el presupuesto para 1938 la autorización para comprar las tierras hasta \$ 1,10. El ministro Márquez hizo firmar al presidente Ortiz la autorización para comprar «a un precio no mayor de \$ 1,10 el metro cuadrado a quien resulte propietario de las mismas» (11 de enero de 1939), pese a la tasación de la Dirección de Ingenieros (que se había expedido fijando el valor en \$ 0,19).

En un mismo acto se hicieron tres escrituras: a) del Banco Nación de La Plata levantando una hipoteca que gravaba el terreno; b) de las propietarias vendiendo al intermediario a 0,65, y c) del intermediario vendiendo al Ministerio de Guerra a 1,10. Ese fue el orden de las escrituras, pero el pago fue a la inversa: 1) el Ministerio pagó en títulos al intermediario a 1,10 el metro; 2) éste entregó parte de los títulos a las propietarias a 0,65, y 3) las propietarias levantaron con títulos la hipoteca.

Los tres actos simultáneos fueron en el Banco Central sin que perturbase al representante del Ministerio de Guerra ni al escribano del Banco Nación de La Plata (que hizo figurar el levantamiento de la hipoteca como hecho en la provincia), ni al escribano mayor de Gobierno, ni al presidente de la Contaduría de la Nación.

El intermediario ha embolsado una gruesa suma con sólo estampar su firma. Pero el dinero no es para él: se queda con una parte de los títulos, que vende por su cuenta, y entrega el remanente al presidente conservador de la Cámara de Diputados (que gestionó la autorización del presupuesto para comprar a 1,10), al presidente conservador de la comisión de presupuesto (que la hizo aprobar) y a tres diputados (dos radicales y un antipersonalista) que la votaron. Se supo, porque no tomaron la precaución de disimular la venta de los títulos que hicieron en sus propios

nombres. Hubo títulos entregados a modestos empleados (que evidentemente disimulaban otros nombres) o a personas con nombres supuestos, etc.

La comisión pidió que la Cámara de Diputados iniciase el juicio político al ministro de Guerra, excluyese de su seno a los diputados prevaricadores y llevase los demás a la justicia ordinaria. Es evidente, como hace notar Osvaldo Bayer (*Palomar: el negociado que conmovió a un régimen*, en «Todo es Historia», n.º 1), que dejó cosas sin aclarar: el intermediario era un «prestanombre» y alguien que podía mover diputados y ministros debía ocultarse tras él; no se investigó dónde fue el dinero que ínfimos empleados cobraron al cambiar los títulos, ni quiénes eran los que dieron nombres falsos.

« ¡Deben ustedes ir hasta el fondo, caiga quien caiga!», dijo Ortiz, desde su lecho de enfermo, al senador Suárez Lago cuando éste le informó la gravedad de la investigación (y Suárez Lago repitió en el Senado). Como no lo hizo la comisión, Ortiz se quejaría en su renuncia del 22 de agosto que «no se haya profundizado más la investigación a fin de poner en descubierto las raíces mismas del negociado».

«Extrañamente, un ex empleado de Obras Sanitarias de la nación, Franklin Fernández

Luslin, alejado de los círculos parlamentarios del *affaire*, recibe una muy abultada suma: títulos por \$ 167.000. Se sospecha que detrás de él se encuentra el verdadero beneficiario, ex presidente de Obras Sanitarias, de quien Fernández Luslin había sido secretario privado. Pero la sospecha no alcanza a ser verificada» dice R. A. Ferrero, *Del fraude a la soberanía popular, 1938-1944, «Memorial de la Patria»*, ed. La Bastilla, Buenos Aires, 1976, páginas 117-118.

<sup>16</sup> Lo dijo Suárez Lago en la asamblea legislativa del 24 de agosto que trató la renuncia de Ortiz.

<sup>17</sup> Despacho de la Embalada de EE.UU. del 20-VIII-40, cit. por Potash, p. 196.

<sup>18</sup> Potash, p. 196.

<sup>19</sup> El implacable Suárez Lago lo corrigió: los terrenos no debieron ser tan indispensables para el Colegio Militar, pues el Ministerio los había arrendado para tambo.

## Renuncia de Ortiz (22 de agosto)

En la mañana del 22, el editorial de *La Prensa* pide que renuncie el Gabinete y el vicepresidente pueda designar colaboradores de su confianza: hacía mes y medio que prácticamente no había Gobierno en esos tiempos difíciles que exigían actitudes meditadas. La economía clásica se venía al suelo con el bloqueo de Inglaterra; Estados Unidos no había aceptado un convenio comercial, que en alguna manera compensaría la carencia de productos industriales; la inquietud en los cuarteles y desórdenes en las calles daban aprensiones.

A las cinco de la tarde, los vespertinos anuncian que el presidente de la República ha mandado su renuncia al Congreso sintiéndose agraviado por el voto de los senadores. Posiblemente lo ha meditado desde el 20 y esa mañana consultó el texto con los ministros (menos Márquez, que está con licencia desde el 20 para preparar su defensa en la Cámara de Diputados). Es «indeclinable», pero los ministros consiguen disuadirlo: el rumor de un golpe que daría Márquez (a quien Ortiz defiende apasionadamente en la renuncia) había cobrado mucho vuelo desde el 20 y la presidencia titular de Castillo daría el pretexto a los militares para barrer las instituciones. Debió andar de por medio el consejo de Justo, que ha reaparecido en la política. La renuncia debe tener por único objetivo una «consulta nacional» del concepto que el presidente merecía al país, no obstante habersele envuelto, exclusivamente por buena fe y lealtad, en un sucio negociado ajeno. Si «el país» confía en su inocencia, la rechazará por unanimidad.

A solas con el doctor Argañaraz, éste —dice Luna— «le coloca unos anteojos de cristales especiales y enciende una luz anactímica, una especie de linterna que proyecta una claridad neta... Ortiz alcanza a percibir las últimas líneas del texto y dibuja su firma que ha estado ensayando» <sup>20</sup>.

«El H. Senado de la nación me ha implicado, sin nombrarme, en su pronunciamiento sobre la investigación realizada con motivo de la compra por el Estado de las tierras de El Palomar. Mi investidura resulta así salpicada en el negociado promovido por un grupo de ciudadanos inescrupulosos, algunos de los cuales son o han sido miembros de ese Parlamento, elevada jerarquía que pusieron al servicio de sus propósitos inconfesables (...). Nadie, que no sea un malvado, podría insinuar siquiera que yo haya encubierto o facilitado la venalidad en ningún momento de mi ya larga vida política y de funcionario, concepto en que incluyo al dignísimo general don Carlos D. Márquez. Protesto y no acepto la intención de vincularme a esta menguada confabulación de intereses, que repudio y condeno, en la que se ha puesto al Poder Ejecutivo como cabeza de proceso, rompiendo el equilibrio que debe existir entre los dos poderes como condición necesaria para la permanencia de nuestra organización constitucional. No se ha

excluido la posibilidad de tan irritante equívoco y es por ello que envío a Vuestra Honorabilidad mi renuncia de presidente de la nación, a cuya alta magistratura fui elevado el 20 de febrero de 1938 por la voluntad soberana del pueblo de la República (...). El presidente de la República prefiere entregar el poder que le ha sido conferido por el pueblo, pues prefiere más ser un ciudadano con dignidad que un presidente tildado de no haber cumplido con las más delicadas obligaciones de su cargo (...). El escándalo de las tierras de El Palomar ha sido puesto enfrente de nuestro sistema democrático como si fuera una consecuencia necesaria del mismo, relación que se establece; para conmoverlo (...). Se ha querido establecer la verdad, y eso es necesario y plausible, pero es sugerente que no se haya profundizado la investigación, a fin de poner en descubierto las raíces mismas del negociado que apuntan en entrelíneas del proceso.»

El documento era una defensa. Relativa, porque si Ortiz y Márquez no se habían beneficiado con el negocio, era indudable que por complacencia o ligereza habían facilitado lo que hacían «ciudadanos inescrupulosos». Era al mismo tiempo una acusación contra el Senado, que rompía «el equilibrio que debe existir entre los dos poderes como condición necesaria para la permanencia de nuestra organización constitucional»; contra los investigadores, que al «no profundizar la investigación» no habían querido «poner en descubierto las raíces mismas del negociado»; y contra estas «raíces» que debían acompañar a los acusados y al poder ejecutivo en la picota pública.

A las cinco de la tarde, el ministro Taboada entregó el texto a los periodistas, que lo dieron en las ediciones de los vespertinos.

Potash, informado en 1965 por el entonces teniente coronel Ambrosio Vago, que era en 1940 comandante del estratégico 3.º de Infantería, dice que «cierto número de oficiales del Ejército, entre los cuales aparentemente estaba el propio ministro de Guerra, Márquez, consideró seriamente la posibilidad de utilizar medidas de fuerza para eliminar de la sucesión política al presidente interino, Castillo (...). Uno de los focos del movimiento fue la estratégica 1.ª división de Infantería, acantonada en la capital y sus cercanías <sup>21</sup>.

El motivo de la inquietud habría sido una visita que hizo esa noche el general Nicolás Accame al doctor Castillo. El Ministerio de Guerra estaba interinamente vacante por la licencia pedida por Márquez para preparar su defensa, y los amigos de éste (y según Potash, «aparentemente» el mismo Márquez) supusieron que Castillo habría llamado a Accame para ofrecerle el Ministerio de Guerra y a esa hora se estaría desmontando el aparato militar de Márquez. Era necesario «lanzarse» esa misma noche.

Potash llama *democráticos* a los tenientes coroneles Vago y Lascalea, que encabezaban la oposición al general Accame, y *nacionalista*, a éste. Deben tomarse con cuidado: Accame había sido uriburista en 1930, pero en 1940 era un firme partidario de los aliados y tuvo como tal alguna actuación preponderante. Era, sí, amigo personal de Castillo, pero la visita de Accame a Castillo había sido inocente. La cartera de Guerra había sido encargada provisoriamente al titular de Marina, León Scasso, quien, al enterarse de las inquietudes de la 1.ª división (tal vez por su jefe el general Abel Miranda), informó por radiograma que no estaba removiendo los nombramientos de Márquez. Esto hizo que los jefes *marquistas* se aquietasen. Menos el general Calderón, jefe de la gendarmería, que planeó el secuestro del vicepresidente <sup>22</sup>.

<sup>20</sup> F. Luna, *Ortiz...*, p. 100.

<sup>21</sup> Potash, p. 210.

<sup>22</sup> El jefe del golpe sería el general Abel Miranda, comandante de la 1.ª división (Palermo). Según la versión corriente no se produjo por los escrúpulos de Alvear, que no quiso infringir el orden constitucional (F. Luna, *Airear*, p. 268). Algunos niegan que Ortiz pudiera prestigiar un golpe que podía significar su propio derrocamiento.

Sobre la composición de la junta de Gobierno a establecerse, las versiones difieren si era exclusivamente militar (un triunvirato de los generales Miranda, Márquez y Mohr), o con participación de civiles. R. Rodríguez Molas (*Presidentes argentinos*, cit. por A. Ciría, *Partidos y poder en la Argentina (1930-1946)*, ed. Álvarez, Buenos Aires, 1964, p. 95) le oyó a A. Palcos que el triunvirato se formaría con Alvear como representante del radicalismo; Mario Bravo, por el socialismo, y el general Márquez, por el Ejército, versión recogida por allegados a Bravo.

## Reparición de Justo

Justo estaba en los entretelones del asunto de El Palomar. El 30 de julio —ocho días antes de saberse el informe de la comisión investigadora—, «un supuesto confidente de Justo» informaba a Norman Armour sobre «irregularidades en el manejo de bienes del Gobierno, por las que el general Márquez se vería obligado a renunciar», adelantando que «el general Justo está presionando a Márquez»<sup>23</sup>.

Se desprende que Justo podía a esa fecha detener el escándalo a cambio de la renuncia de Márquez. No lo aceptó éste confiado en sus apoyos militares y políticos —y tal vez en su intrínseca inocencia— y sobrevino la tormenta.

Ya he dicho que Justo no compartía la política de Ortiz. Su gran ambición era volver a la presidencia en 1944; su mentalidad era liberal, no era contrario al sufragio popular, como Fresco, y quería regresar con el apoyo radical. Pero esto exigía una negociación —la presidencia de la República a cambio de la abolición del fraude—, pero Ortiz apuraba las cosas. Se estaba rindiendo a los radicales sin condiciones.

La reorganización que hizo Márquez del Ejército, si bien no tocó a los hombres de su confianza, había sido demasiado «personal» y con proyecciones políticas. A Márquez no le disgustaba que los radicales hablasen de que sería un excelente candidato para 1944. Un general que controlaba el Ejército, y junto con Ortiz les había devuelto las elecciones libres, sería un presidente de lujo.

El juego de Justo consistiría, pues, en frenar a Márquez impidiendo un golpe militar, conseguir la renuncia del Gabinete para que el vicepresidente designase otro donde predominase su influencia y que el escándalo terminase sin deterioro para Ortiz y Márquez y las otras personalidades presuntamente comprometidas. Impidió el golpe de la gendarmería: conjeturalmente consiguió que los investigadores no extremasen la investigación, hizo que Castillo y Scasso (ministro interino de Guerra) relevasen a Calderón la misma noche del 22 y pusieron el cuerpo a las órdenes del coronel Kelso, de su absoluta confianza. Y entonces entró a negociar la renuncia del Gabinete y la indemnidad de Ortiz y Márquez.

Entre el 22, que Ortiz presentó su renuncia, y el 24, en que se reunió la Asamblea Legislativa para considerarla, su habilidad se impuso. Conjeturalmente empezó la maniobra el mismo 22 al conseguir de los ministros de Ortiz que éste retirase el carácter «indeclinable» a la dimisión. Luego obtuvo que la totalidad (menos uno) de los congresales votasen el rechazo de la renuncia, otorgando así al presidente una absolucón generosa. A los radicales no fue necesario pedirselo, pero los concordancistas debieron darle trabajo porque los términos de Ortiz los agraviaban y preferían a su correligionario Castillo en la presidencia. Consiguió demostrarles que ante la opinión resultaba conveniente dejar a Ortiz impotente en la residencia mientras el vicepresidente ejercería con Gabinete propio la titularidad del cargo. Aceptar la renuncia de Ortiz en esos momentos de tensión podía impulsar al Ejército a apoderarse del Gobierno y acabar con todos los políticos. Tal vez no fue extraño el acto de la CGT socialista en el Luna Park el 23, donde José Domenech, Francisco Pérez Leirós y Ángel Borlenghi pidieron el rechazo de la renuncia de Ortiz «en nombre de la democracia y de la causa aliada».

<sup>23</sup> Potash, p. 197.

## Se rechaza la renuncia (24 de agosto)

La Asamblea rechazó la renuncia por 170 votos contra uno. Los concordancistas y socialistas no aceptaron sus términos, que impugnaban el pronunciamiento del Senado. Los radicales defendieron a Márquez; para Carlos Noel...

«... Un militar digno de hacer honor al Ejército por su aptitud, su pericia y su fidelidad a nuestro sistema democrático de Gobierno continuando así la característica tradicional del Ejército argentino.»

El solo voto por el rechazo fue el de Sánchez Sorondo.

«El dilema se plantea —dijo éste—: o el negocio fue lícito y el Senado no ha tenido razón, o el negocio fue ilícito y el Senado ha tenido razón. Si el negocio fue lícito, el señor presidente de la República tiene el derecho; más aún, tiene el deber de cubrir a su ministro y defender un acto de Gobierno. Pero si el negocio fue ilícito, el señor presidente no puede establecer una solidaridad y a base de ella inferir un agravio al Senado, y el Congreso de la nación no puede aceptar como fundamento de esa renuncia, esa solidaridad y ese agravio.»<sup>24</sup>.

<sup>24</sup> F. Luna, *Ortiz...*, p. 200.

## ¿Hubo responsabilidad de Ortiz y Márquez?

Debe descartarse el dolo en la conducta del ministro: su nombre no estaba entre los tenedores de títulos numerados y no es lícito incluirlo entre quienes dieron nombres falsos. Si hubiese tenido una participación material en el negocio, el Ministerio de Guerra no habría pagado con títulos numerados dejando las impresiones digitales del delito. Hubiera vendido los títulos y pagado con moneda corriente<sup>25</sup>.

No hay dolo en Márquez y en Ortiz, pero sí culpa: «mal desempeño de sus funciones», como lo estableció el Senado para el presidente, pero por razones políticas no economizó. La operación era a todas luces irregular. Lo sabía el presidente y debió saberlo el ministro.

«(El presidente) me preguntó un día —dice el ministro de Obras Públicas, Luis A. Barberis—, amigo de confianza de Ortiz y Márquez, qué era esa autorización de la ley de presupuesto para comprar tierras en Campo de Mayo aprobada en tiempos de Justo. *El ministro me dijo que eso se necesita*, me comentó Ortiz, *pero a mí me huele mal*. De todos modos decidió firmar la compra porque la cosa venía de la época anterior, pero llamó a Jorge Santamarina y le pidió que averiguara. Santamarina descubrió que, efectivamente, había allí cosas muy raras. Más tarde, cuando Ortiz estaba pasando unos días en la estancia de Santamarina (que fue en mayo de 1940, ya empezada la investigación: *aclaramiento mía*), me llamó por teléfono para que le pidiera al general Márquez el expediente de la compra de las tierras de El Palomar para revisarlo. Yo lo miré, y era un desastre, con precios propuestos de todo tipo, etc.»

Cuando Suárez Lago, acompañado de Patrón Costas, creyó que debía enterar a Ortiz de la gravedad de la investigación, el presidente les dijo: «Deben ir ustedes al fondo del asunto, caiga quien caiga», palabras que repitió Suárez Lago en la Asamblea Legislativa, que rechazó la renuncia. «En el fondo» había alguien y en su beneficio Ortiz y Márquez habían firmado la irregular operación. Este culpable no fue encontrado por la comisión investigadora, de lo que Ortiz se quejó en su renuncia: «Es sugerente que no se haya profundizado más la investigación a fin de poner en descubierto las raíces mismas del negociado.»

Ni Ortiz ni Márquez revelaron el enigma de El Palomar. ¿Callaron a cambio del pronunciamiento honorable de la Asamblea Legislativa para Ortiz y que el ministro de Guerra no fuese llevado a los tribunales de justicia y pudiese seguir, con honores, su carrera profesional?

Los ingenuos radicales creyeron sinceramente haber triunfado con el voto de la Asamblea Legislativa; lo creyó el no menos ingenuo Ortiz, que planeó un Gabinete de concentración nacional con Vicente Solano Lima en Interior y Nicolás Repetto en Agricultura para cuando se restableciera. Porque se obstinaba en creer —el único— que volvería a la Casa de Gobierno<sup>26</sup>.

Mientras, los *cipayos* y *fascistas* criollos creían luchar por ideales trompeándose en las calles por Ortiz o contra Ortiz.

<sup>25</sup> Márquez habría cerrado los ojos ante las irregularidades del expediente, firmado la orden de compra y gestionado las firmas del presidente, porque «eso se necesita... porque la cosa venía de la época anterior» (como lo dijo Ortiz). Según los amigos de Ortiz, Márquez no tenía muchos escrúpulos administrativos. «Resulta que Márquez tenía una quinta cerca de Pilar y utilizó, para hacerla arreglar, mano de obra del Ministerio, soldados, conscriptos...

una pavada. (Pero) Márquez era un hombre fundamentalmente honesto» (palabras de Barberis a Félix Luna, p. 197, de su *Ortiz...*). «Márquez se estaba haciendo una quinta en Pilar, y le dio a hacer unas obras a la misma empresa que había construido los molinos forrajeros del Ejército y que llevaba tierra de un lado a otro. Los conservadores pensaban investigarlo por esto» (Carlos Pita en *ibídem*, p. 196).

<sup>26</sup> Aquella noche en que se rechazó su renuncia, o tal vez al día siguiente, al saber que yo estaba abajo (Ortiz) me hizo llamar —dice Luis A. Barberis—. Estaba en cama, con los ojos vendados. Hablamos un buen rato, y entre otras cosas me dijo: 'Por los términos del debate y su resultado lo del Congreso ha sido como una gran consulta nacional'. Me insinuó que su Gabinete tendría que renunciar cuando él reasumiera el mando para hacer posible la formación de un Gobierno de unión nacional. 'Voy a llevar al Gabinete a un solo conservador —me dijo—, el doctor Lima, al Ministerio del Interior'. Pensaba ofrecerle a Nicolás Repetto el Ministerio de Agricultura» (F. Luna, *Ortiz...*, p. 209).

EL BIBLIOTE.COM